

Ya te has unido á la materna rama.
Hoja verde..... temprano desprendida ;
Y ella en tu noble espíritu derrama
La augusta savia de la eterna vida.
Lo que tu alma anhelaba, ya lo ama.
Ya ves, hermano, tu ansiedad cumplida.
Los labios de mi madre te llamaban
; Y sus brazos abiertos te esperaban !

¡ Joven moriste, hermano, joven naces :
Renueva, pues, redobla tu existencia !
Ya tu mente curiosa satisfaces
En la verdad de la sublime ciencia.
De un ser finito en otro ser renaces,
Y astro celeste de inmortal esencia
Cayendo luminoso al occidente
Realzas tu magnitud en otro oriente.

DOÑA MERCEDES MARÍN DE SOLAR

El compilador de la *América poética* dice hablando de esta eminente americana : « La señora Marín es hija de la capital de Chile, en cuya sociedad se distingue tanto por sus talentos como por su modestia y virtudes. Á su aplicación únicamente debe la facilidad con que sabe expresar sus pensamientos en clara y elegante prosa y en armoniosos versos ; pues nacida con la revolución de su país (1810) sólo alcanzó en los primeros años de su vida la mezquina educación que se daba entonces á las personas de su sexo. »

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Á WASHINGTON

(EN 1861)

¡ Genio de libertad ! En paz y guerra
Tipo del más sublime patriotismo,
Que el poder recibiste de Dios mismo
De criar un Edén sobre la tierra.

¡ Washington sin igual ! Tu gloria encierra
La bondad, la virtud, el heroísmo ;
Y por ti confundida al hondo abismo
La opresión huye, que tu nombre aterra.

Mas, ¡ qué veo ! tu sombra conturbada
Al rumor de la guerra fratricida
Lanza sobre la patria una mirada
Y con voz poderosa y conmovida :
¡ Unión ! (dice) ¡ Los hombres son hermanos !
También acá en el cielo hay africanos.

Á MI HIJA

¡ Adiós, hija del alma, adiós, Elena !
Yo por darte colmada la ventura
Bebí dorado cáliz de amargura,
Uniendo á intenso goce dura pena.

Parte, hija mía ; de entusiasmo lleno
Admira de otro suelo la hermosura ;
Goza feliz la conyugal ternura ;
Y aduérmate la paz dulce y serena.

Del hondo mar la tempestad airada
Huya lejos de ti, que asilo tiene
En mi angustiado pecho y libre entrada,
Y mientras la esperanza me sostiene,
Piensa del caro esposo entre los brazos
Que tu madre formó tan dulces lazos.

DULCE ES MORIR

(Á LA MEMORIA DE LA SEÑORITA DOÑA CARMEN OLEA)

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
No manchada la ropa de inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil ;
Como la hermosa flor de la pradera
Que para ornar el templo soberano
Separó diestra, cuidadosa mano,
De su tallo gentil.

Dulce es morir, cuando el espectro odioso
Del vicio despojado de su velo,
Al alma llena de pavor y duelo
Del mundo en el umbral :
Y ella, tomando el paso al delicioso
Centro de grata paz y de ventura,
Á trocar el destierro se apresura
Por la gloria eternal.

Dulce es morir, cuando la aguda pena
Extingue de alegría el sentimiento
Y es la existencia el fatigoso aliento
De un interno sufrir ;
Dicha es volar á Dios el alma llena
De humilde sumisión, y ante sus aras
Sacrificar las afecciones caras,
Su diestra bendecir.

Dulce es morir, cuando una mano amiga
Sostiene nuestra lánguida cabeza
Y una voz inspirada en la belleza
Del divinal amor,
Con peregrino acento nos prodiga
Palabras de dulcísima esperanza
Mostrándonos en suave lontananza
Edén encantador.

Dulce es morir, cuando una fé sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz.
Y al débil ser que sobre el mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores
En apacible luz.

Dulce es morir, cuando al fijar los ojos
De Jesús en la imagen dolorosa,
Resuena en los oídos la amorosa
Voz de grato perdón ;

Y de un amor ardiente los despojos
Da el alma, en dulce llanto sumergida
Bálsamo saludable que la herida
Cura del corazón.

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes, del aroma
En pos del serafín ;
Diáfana exhalación que en la mañana
Matizadas con tinta de oro y rosa,
Se disuelve brillante y vaporosa
Del cielo en el confin.

Dulce es en fin morir, cuando nos llama
Dios á gozar de su descanso eterno,
Ya elija en su verjel pimpollo tierno,
Ya descollante flor :
Sube así la virtud cual áurea llama
Que depuró el crisol de la amargura,
Y vuela la inocencia casta y pura
En su primer albor.

LA EXISTENCIA DE DIOS

El Universo es Dios — dice el impío
Que otro tiempo dijera — Dios no existe —
De humana corrupción gemido triste,
De la frágil razón hondo extravío.

La luz, la tierra, el sol, el monte, el río,
El prado que de flores se reviste,
El aire, el ancho mar, tú los hiciste,
¡ Oh Señor ! con tu inmenso poderío.
Pero toda esta gran naturaleza
Á si misma se ignora y al potente
Autor de sus arcanos y belleza.
Sólo al hombre, ser libre, inteligente
Dios reveló su nombre y su grandeza
Y el necio huye de Dios, ciego y demente.

DON VALENTÍN MAGALLANES

El señor Magallanes nació en Santiago de Chile el 14 de febrero de 1831. En 1850, y siendo aun alumno del Instituto, empezó á escribir versos en *La Silfide* publicación literaria fundada por Guillermo Matta, Lillo, Blanco Cuartín y Torres. Ha desempeñado los cargos de redactor de sesiones de la Cámara de Senadores, Secretario de la Intendencia de Atacama y jefe de sección en el Ministerio de guerra. Hace algunos años que reside en la Serena.